



La Política en la Sociedad de la Comunicación

Valentín Fernández Polanco

El presente análisis aborda la difuminación de las diferencias políticas entre derecha e izquierda en la actualidad, y con ello pretende contribuir a esclarecer en qué sentido podemos y en qué sentido no podemos seguir hablando hoy de *izquierda* y *derecha*. Con ese fin, partimos de lo que esos términos han podido significar en su sentido clásico para describir a continuación las transformaciones operadas en las últimas décadas, y concluir con una propuesta de explicación de cómo una y otra se articulan en la actual sociedad de la comunicación.

La derecha e izquierda tradicionales surgieron tras la crisis del Antiguo Régimen, se desarrollaron en la sociedad decimonónica y conocieron su mayor auge como protagonistas de los conflictos políticos que sacudieron el siglo XX. Ambas fuerzas se caracterizaron por anteponer de manera absoluta lo social sobre lo individual y los derechos de la sociedad sobre los del individuo, defendiendo la anterioridad del todo sobre la parte y la prioridad del sistema total sobre cada una de sus piezas singulares. En eso, tanto una como otra se opusieron frontalmente a aquella fuerza que, surgida de las transformaciones de la sociedad tardomedieval — esto es, vinculada a la expansión del modo de producción capitalista y de la religión protestante—, se había erigido en abanderada del individualismo más radical: el liberalismo, asociado, como sabemos, a la clase social que iba a erosionar los cimientos del Antiguo Régimen y alumbraría el movimiento ilustrado. Asentado sobre un atomismo estricto, el liberalismo defiende un modelo de sociedad basado en fines y bienes estrictamente individuales y en la libertad de mercado, dando lugar a una sociedad de tipo instrumental y a una economía moral que conocemos como utilitarismo.

No obstante su oposición común al liberalismo, tanto la izquierda como la derecha clásicas representaron dos modelos de sociedad diferentes, y en esa medida se puede decir que perseguían fines diferentes. La izquierda defendió un modelo de sociedad colectivista fundado sobre la idea de *clase*, basado en fines y bienes de naturaleza social y en una economía controlada o planificada, modelo que podemos denominar comunista y cuyo correlato ético han sido las diferentes formas de la ética de la abnegación. Por su parte, la derecha, cuyo ejemplo paradigmático se encuentra en el fascismo alemán que fue derrotado en la Segunda Guerra Mundial merced a la alianza entre la izquierda y el liberalismo, defendió un modelo de sociedad que constituye una suerte de híbrido entre los dos modelos que la derrotaron. Pues el fascismo construye su concepto de sociedad sobre la idea de *nación*, a la que considera como un único individuo, y por tanto sólo concibe, en ese sentido, un bien de naturaleza individual que adquiere aquí el carácter de bien único e indiscutible, absoluto, por lo que es incapaz de representarse un bien de naturaleza común en sentido estricto y desemboca en el totalitarismo. Tras la Segunda Guerra Mundial, las otras dos concepciones de la naturaleza del bien humano y de los fines de la política se enfrentaron prolongadamente en la denominada Guerra Fría, guerra que se saldó con la derrota del comunismo y con la imposición, desde la caída del muro de Berlín, del capitalismo liberal como único modelo de sociedad real y posible, modelo plasmado en una especie de sociedad total que conocemos como sociedad global, globalizada o mundializada, fuera de la cual no hay, en sentido estricto, nada.

A la victoria del liberalismo sobre la izquierda le ha seguido, pues, la constitución de una sociedad instrumental en la que quien ostenta el poder no es ya, obviamente, la derecha ni la izquierda, sino un conglomerado único, un oligopolio conformado y caracterizado por constituirse como una red de intereses enormemente compleja que adopta la forma de una amalgama político-mediática cuya única virtualidad es la perpetuación del sistema que la alimenta. De ahí que el método sociológico actual proceda a su análisis bajo el modelo cibernético y comunicacional. El sistema es un todo, es el todo, lo que en lógica computacional se denomina *e/ universo del discurso*. Esto significa: no hay exterior. Esto significa: todo cambio, toda transformación, ha de venir del propio interior, y será por tanto un cambio del propio sistema, una transformación o una mutación originada desde el propio sistema, que, en la medida en que lo diversifique o lo complete, lo fortalecerá.

Por ello, las fuerzas en litigio que actualmente comparten el poder mediante la fórmula de la alternancia carecen de margen real de maniobra y no disputan sobre modelos de sociedad diferentes, sino que aparentan contender sobre aspectos cada vez más predominantemente afectivos y banales, lo que les permite ocultar la identidad de los intereses que las unifican. Así, el debate político se transforma en un espectáculo de cuyo carácter ritual son conscientes tanto actores como público. De ahí se sigue que la única regla de juego con valor universal en el sistema cerrado del liberalismo mundial es la que emana de la necesidad de pervivencia del propio sistema representacional, es decir, la regla que impone como sola y única obligación universal la de mantener operativa la fuente que alimenta la ficción simbólica por la que el discurso sustituye a la realidad. Todo está permitido mientras no atente contra esa fuente, y de ahí emerge el único principio formal que tiene cabida en la sociedad total, principio que abole la diferencia entre ética y derecho para alzarse como única regla absoluta del juego social. Es la regla que conocemos como «corrección política» (*political correctness*), cuya finalidad es blindar los deseos individuales que alimentan las fuentes discursivas mediante un único imperativo: el de que el discurso respete absolutamente cualquier inclinación. Pues si la característica definitoria del sistema liberal total es la imposibilidad de cualquier cambio que no venga sino a reforzar al propio sistema, parece claro entonces que la acción racional humana ha de cederle su puesto a una contemplación meramente desiderativa, haciendo reposar sobre este último fondo desiderativo la responsabilidad de impulsar toda la maquinaria del sistema.

En estas circunstancias, para que el deseo pueda cumplir su función impulsora en el terreno de la política es preciso articular toda una industria representacional, un verdadero *deus ex machina* simbólico que cumpla la función de recrear la ficción de una democracia, y en esa representación los roles se han repartido como sigue: la *así llamada* derecha desempeña el rol de las fuerzas conservadoras e interesadas, mientras la *a sí llamada* izquierda representa el rol de los impulsos progresistas y solidarios. Sólo que, habida cuenta de que los fines y los medios son estrictamente los mismos, esto es, habida cuenta de que la capacidad de acción política es prácticamente nula debido a las inercias del poder sistémico antes aludido, lo único que permanece finalmente es la vacuidad del discurso propagandístico vista a la luz del rol desempeñado en el seno del sistema: la arrogancia, es decir, la obscenidad, de la derecha, y la retórica, es decir, la simulación, de la izquierda. Dicho con otras palabras: mientras la función social de la *así llamada* derecha consiste en garantizar la pervivencia del sistema mediante su mera autoimposición, la función social de la *a sí llamada* izquierda consiste en garantizar la pervivencia del sistema mediante la neutralización eficaz de las fuerzas transformadoras, algo que consigue concentrando todas esas fuerzas bajo la unidad de un discurso emancipador o liberador, que, si bien se va a ver inmediatamente desmentido por la práctica, posee los recursos y los medios simbólicos, retóricos y mediático-propagandísticos para presentar esa ficción

política ante la opinión pública como una realización de sus aspiraciones transformadoras.

El recurso comunicacional que posibilita esta neutralización se denomina *ideología*, y su eficacia reposa sobre la posibilidad de conectar íntima e inmediatamente los deseos individuales de carácter privado, aun los más egoístas, con los fines últimos de la sociedad, de tal manera que cada individuo, al reivindicar o conseguir cualquiera de sus deseos más primarios, pueda imaginarse o representarse a sí mismo como contribuyendo, al mismo tiempo, a los fines racionales últimos de la humanidad: la justicia, la libertad, la igualdad y el progreso. Esta conexión sólo es posible mediante la reducción de esos fines últimos a la categoría de imágenes sensibles, por lo que a la contribución de la izquierda simbólica o mediática al mantenimiento y al fortalecimiento de la sociedad liberal total no le sea ajena, sino verdaderamente medular, la cultura de la imagen.

Bajo estas condiciones, las aparentes diferencias políticas sólo pueden estribar en los modos mediáticos y los recursos simbólicos con que los distintos agentes del espectáculo informativo comunican socialmente la interpretación legitimadora de su actuación pública. En ello, la *así llamada* derecha pone su discurso bajo la forma de la autojustificación o la autolegitimación. Podemos decir que lo específico de la derecha, en este sentido, es invocar en su discurso los valores del vencedor en una suerte de darwinismo social que, por vía de los hechos, pretende demostrar la superioridad de los argumentos. La *a sí llamada* izquierda, en cambio, genera un discurso fundamentalmente motivador que apela a los buenos deseos de la población con el objetivo de verse identificada y reconocida como su portadora, y de que ese carácter de representante de aspiraciones ajenas la convierta en delegada legítima de la voluntad de otro, esto es, una suerte de heterolegitimación o heterojustificación. Desde esta perspectiva, así como el discurso propagandístico de la *así llamada* derecha es fundamentalmente arrogante, esto es, autoritario, el discurso propagandístico de la *a sí llamada* izquierda es esencialmente retórico, esto es, seductor. Esta diferencia es claramente perceptible en lo que podríamos llamar la estética de la comunicación social, en la que la *así llamada* derecha cultiva un estilo impositivo, o, como hemos dicho antes, autoritario, mientras la *a sí llamada* izquierda, en cambio, forzada a cultivar la seducción, ofrece una estética mucho más halagadora.

De todo ello emergen ya algunas conclusiones. Entre ellas, el hecho observable de que, siendo en realidad mucho más lo que une que lo separa a la derecha liberal y a la izquierda liberal, no es de extrañar que rivalicen entre sí en el abanderamiento de eslóganes y motivos simbólico-afectivos comunes, la mayor parte de los cuales se han vuelto intercambiables. Lo que permite, al mismo tiempo, que la disyuntiva entre una y otra no sea ya una disyuntiva excluyente como lo fue en el pasado, sino que los miembros de la sociedad de la comunicación disfruten del privilegio de poder sentirse, sin contradicción, de derechas y de izquierdas a la vez, lo que les autoriza a votar a unos u otros indistintamente según la ocasión y el motivo, frecuentemente en una misma convocatoria. Pues si el empleo de los términos izquierda y derecha alude actualmente más a contenidos simbólico-afectivos que a diferencias políticas reales, es que la abolición o proscripción de la acción política real en la sociedad liberal total va acompañada, inevitablemente, por su transposición concomitante al ámbito irreal de lo simbólico, esto es, a un escenario discursivo meramente virtual. Así, podemos afirmar que en la sociedad de la comunicación «los medios son el mensaje», pues la proliferación y sofisticación de los medios electrónicos de comunicación en la sociedad liberal total no ha impedido que el mensaje siga siendo el mismo.